

EL MAR DE LA ESPERANZA

EL ORTO DE UNA ARMADA

Capitán de Corbeta

ENRIQUE ROMAN BAZURTO

¿Quién iba a pensar en unos héroes que lucharon y murieron para dar a Colombia un mar libre? ¿Para qué sirvieron su ejemplo, su gloria y su honra, si después todo se hundió en un mar de escarnios y humillaciones a la Patria? ¿Qué importaba que unos cuantos buques, de guerra o mercantes, cruzaran los mares con el Pabellón colombiano desplegado a los vientos y mostrando en los puertos extranjeros el orgullo de un país que baña sus costas en los dos océanos más grandes?

Hace ya mucho tiempo que nadie contesta estas preguntas. Es que hay colombianos notables que solo piensan en la literatura, en una dulce diplomacia y, sobre todo, en la política interna que aquí ha sido ambición desmedida. Así, por años, se ha venido justificando el abandono de los mares. Lo que no se puede justificar es el tremendo desastre para la economía, el orgullo, la integridad y el prestigio de la patria; casi ningún país de América puede resistir un paralelo con Colombia en este aspecto.

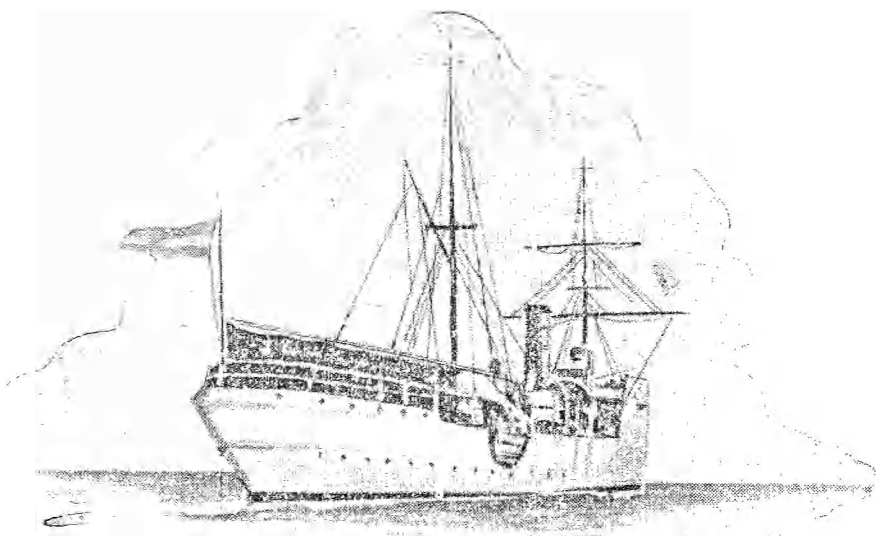
El concepto que impera sobre la manera de ser de los colombianos es el de que únicamente sirven para la agricultura y que en las eras se cosechan

revoluciones porque los campos se abonan con su sangre. Esto es aprovechado por los países poderosos para estrechar el cerco económico y por eso es que a estas "liebres" las distraen con las zanahorias del capricho extranjero.

"Nunca debemos sentirnos perseguidos, nunca debemos creernos víctimas de la maldad humana", decía hace poco uno de nuestros famosos literatos y políticos. Quizás estas palabras tengan un buen fundamento filosófico pero la historia desmiente el bello pensamiento.

De pronto aparece un dirigente que tiene otra manera de pensar y quiere contestar en forma lógica las preguntas que antes parecían sin respuesta. Es el General Rafael Reyes. El piensa que se debe crear una nueva marina para resarcir los daños causados a la soberanía colombiana.

No han transcurrido cuatro años de la pérdida de Panamá, cuando este Presidente de la República sanciona el Decreto N° 793 del 6 de julio de 1907 por el cual se funda la **Escuela Naval Nacional** en la misma ciudad Heroica que tantas humillaciones y glorias ha tenido. Hace también cien años que el "Leandro" de Miranda cortó con su



Transporte ARC "Matroquilo"

proa las aguas del Caribe, cuando nacieron Colombia y su bandera y tuvo un nacimiento prematuro su marina.

Estamos a mediados del año de 1907 y este domingo, en particular, ha traído a Santa Fé de Bogotá algo que altera la plácida rutina de los paseos dominicales por el Bosque de la Independencia, la Plazuela de San Agustín, el Parque de Santander y la Calle Real. De los coches tirados por caballos, asoman curiosas cabezas de damas que se arreglan emplumados sombreros y de caballeros que se quitan la media calabaza para atisbar mejor. Es que por todas partes se ven grupos de jóvenes bizarros en llamativos uniformes azul y verde, de estilo prusiano, que con su paso marcial y su presencia hacen palpitir más fuerte el corazón de las tímidas y soñadoras quinceañeras y au-

mentan la envidia de los "Elipichines" que las acompañan por parques, calles y paseos. No, para el cuchicheo y los dedos señalan en todas direcciones a los nuevos cadetes de la Escuela Militar, fundada por Reyes en Bogotá, que empiezan una nueva vida bajo las normas de su fundador: "En adelante se citará al cadete como modelo de cumplido caballero, que lleva por insignia la verdad, la franqueza y la hidalguía".

A partir de este momento no cesan los comentarios sobre estos jóvenes. En los cafés, a la hora de la retreta, en el teatro, en el parque, en los principales hogares de la señorial Bogotá, se comenta sin descanso la vistosidad y gallardía de los nuevos militares. Parejos van creciendo, en la ciudad y la nación, el cariño, la admiración y el respeto por esta Institución que a par-



General Rafael Reyes

tir de este instante será el legítimo guardián de las cosas sagradas de la patria.

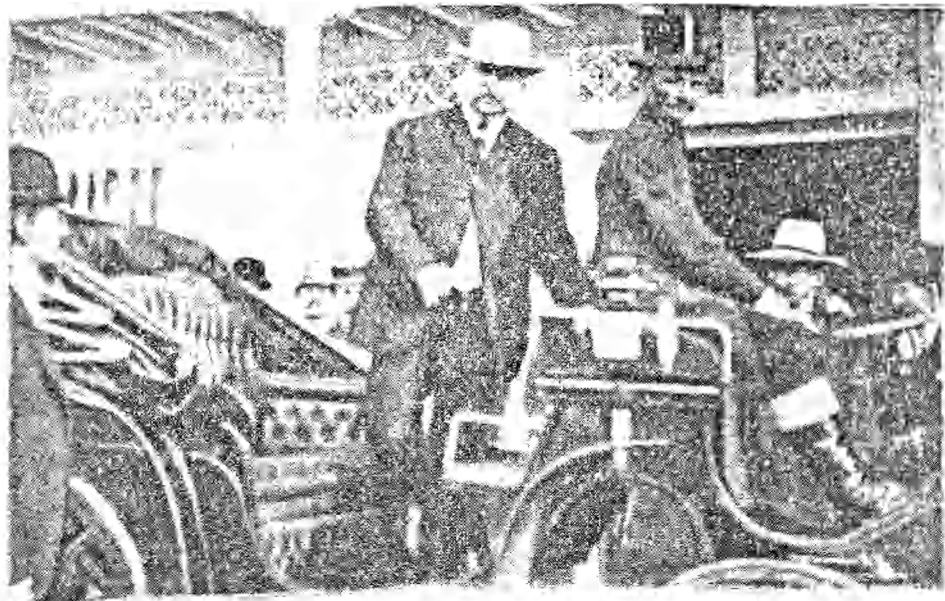
Como este grupo de jóvenes de la crema de la sociedad, hay otro que siente deseos de vestir el uniforme militar, que sueña con el mar, con lo exótico de sus leyendas y aventuras. El Gobierno ha prometido varias plazas en la Escuela Naval de Cartagena, creada casi al mismo tiempo que la Escuela Militar en Bogotá. Pronto se decreta la selección correspondiente y se cumplen los anhelos de 34 aspirantes en la fría Bogotá, en el Cauca lleno de tradiciones, en los cálidos y alegres departamentos de Atlántico, Magdalena y Bolívar. Son los primeros jóvenes que miran hacia ese mar que tuvo un insólito olvido. Y hacia allá se dirigen

con el corazón que casi les revienta por la emoción de lo desconocido.

• • •

En La Dorada espera a los aspirantes del interior del país el Cañonero "Hércules", al mando del General Diógenes Reyes. Son tiempos en que los militares, como cosa accesorio, tienen que mandar un buque y saber gobernarlo. A bordo del mismo cañonero va con los aspirantes el General Diego A. Castro, quien de Ministro de Guerra se dirige a la costa para ocupar la Gobernación del Departamento del Atlántico, recientemente creado por Decreto.

El viaje de La Dorada a Calamar rompe las ilusiones de varios aspirantes y enseña a los jóvenes cadetes que



Presidente General Rafael Reyes, durante su visita a la Escuela Naval de Cartagena.

la vida a bordo no es tan sencilla como la imaginaron en los sueños sostenidos en los mullidos colchones del hogar; el calor, el zancudo, el incómodo coy, el monótono ruido de la máquina, la terminología marinera, la vida ruda, son sus primeras experiencias. Después, a Cartagena por ferrocarril. Allí los espera el Gobernador del Departamento de Bolívar, General Torralvo, el Comandante Militar de la Plaza, General Calvo y el primer Director de la Escuela que se inicia, Teniente Primero de la Armada Chilena Alberto Asmussen.

Si se perdió durante lustros la experiencia de Padilla, de Tono, de muchos colombianos que se hicieron marineros en la Escuela de Guerra hay que apelar a un Oficial Naval de un país hermano que no ha dejado perder estos preciosos años en el mar; Asmussen es un hombre de una gran preparación marinera y excelente don de mando; examina con penetrante mirada e interés personal a cada uno de los aspirantes y puede apreciar con mucho acierto el valor intrínseco y la capacidad para las labores del mar de cada uno de los jóvenes que el Gobierno acaba de poner en sus manos, para hacer los primeros Oficiales Navales de Colombia en una Escuela.

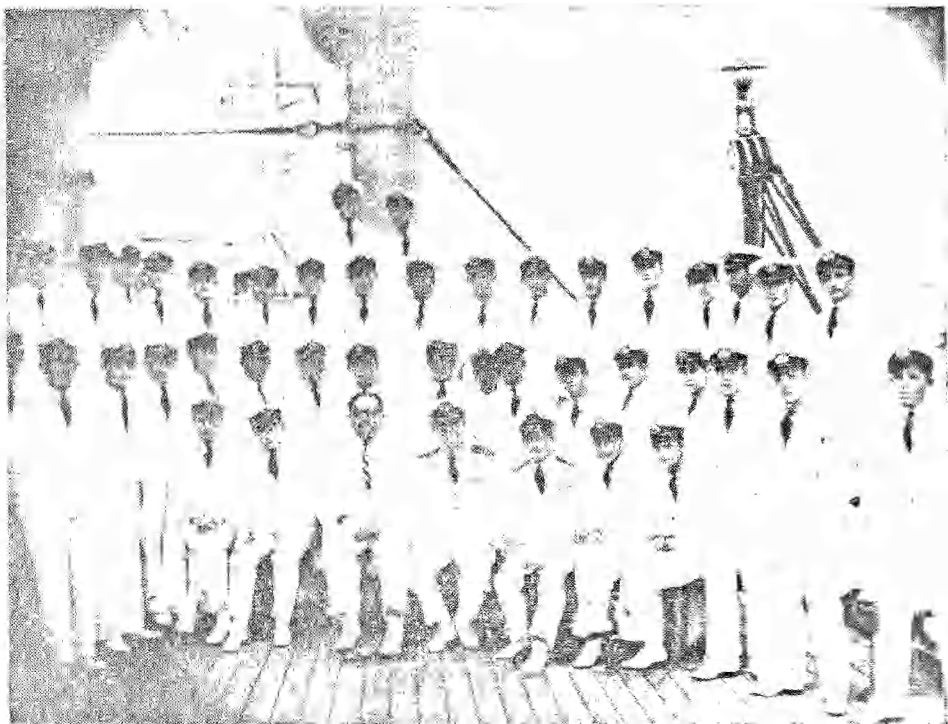
Sin perder un minuto más, que ya se perdieron muchos años, se entra de lleno a la vida de la Escuela. A bordo de un viejo buque que se ha adaptado para el fin, el "Marroquín", el Director Asmussen empieza a repartir los uniformes de trabajo, organiza horarios



Cap. de Corbeta ENRIQUE ROMÁN B.

de servicios y clases e implanta severos reglamentos para obtener la disciplina requerida en la vida de mar. El mismo director enseña los secretos de la astronomía, la hidrografía y la navegación. Les dice a sus alumnos que un Oficial Naval que se respeta debe ser ante todo un caballero y él les sirve de ejemplo. Les enseña los recovecos de derecho marítimo y todos los días le recalca, palmo a palmo, los misterios del ceremonial naval, rito sagrado en la logia de aquellos que llevan el uniforme marintero en los siete mares de este mundo. Con paciencia y fervor el Comandante Asmussen les dicta esta materias que, con sus años de servicio parece que las recitara con unción como si fueran trozos de evangelio de una religión que celebra sus ceremonias en el mar.

Las matemáticas puras y las aplicaciones se van grabando poco a poco en estos cerebros que cada día se acostumbran más al calor de Cartagena. Diariamente los doctores Francisco Cruz, Teofasto Tatis y Pablo Leseau, van progresando por entre la



Grupo de Cadetes en el año de 1934.

complicados caminos de la aritmética superior, la trigonometría, el álgebra, la geometría, la física y la química. El inglés, idioma indispensable desde que los españoles perdieron su poder, lo dicta el ingeniero Leopoldo Klee. El arte naval con su extraña terminología marinera, sus complicados nudos y costuras, con sus maniobras y su técnica, lo dicta un simpático contramaestre español, Juan Pérez "Juanillo", que ya no tiene los humos de sus antepasados compatriotas de la época en que el contramaestre Padilla los desalojó de las aguas colombianas.

La parte intelectual corre pareja con la educación militar y los deportes marineros. Las horas hacen correr los días y el sudor por el cuerpo de estos alumnos fundadores. Entre el servicio y el descanso el infatigable Asmussen hace trabajar a las mil maravillas su flotante escuela. En los días hábiles, de tarde en tarde, se ven los cadetes en el orden cerrado, con tendidas, carreras, ruido de fusiles y fuertes voces de mando, en las soleadas y arenosas playas cerca a la "Machina" o en las calles del Barrio de Manga que dan a la bahía; todo esto atrae la aten-

ción de los vecinos y especialmente de las bellas y gentiles muchachas cartageneras que, con sus negros ojazos, cobijan compasivas a los pobres cadetes. El instructor de la fuerte y práctica materia es el Teniente del Ejército Luis Alejandro Pescador, digno alumno de los Oficiales chilenos Ahumada y Guillén, quienes en Bogotá hacen marchar al estilo prusiano la Escuela Militar a su cuidado; ahora en Cartagena, el Teniente Pescador, en las horas de infantería, deja a los cadetes totalmente exprimidos poniendo en práctica los rudos ejercicios que hasta hace poco practicaban los ejércitos del Kaiser.

Otras tardes se puede ver a los alumnos en clase de natación en mar abierto; este deporte interesa, más que a nadie, a los que han venido por primera vez del centro del país. La na-

tación se alterna con los remos ahora, las callosas manos juveniles hacen deslizar la ballenera, con movimientos lentos y uniformes, bajo la voz de su patrón, el propio Asmussen. No faltan los días en que, de pronto, unos blancos trapos hieren el intenso azul de la bahía en la instrucción de velas que conduce "Juanillo". Todo, absolutamente todo, se hace en este buque Escuela con la mística de una grande y bella vocación, que estos jóvenes fervorosos hacen nacer de nuevo para rescatar las glorias navales de la patria, perdidas en el tiempo.

* * *

Bien pronto, porque con la intensa actividad queda poco descanso y corren rápido los días, llega la repartición de los blancos uniformes de salida y



ARC "Antioquia"

las marineras negras de gala; como en Bogotá, ahora es en Cartagena donde los cadetes lucen su impecable marinera de nieve en las franquicias; hacía días que esperaban este momento y al fin ha llegado la hora a los segundos cadetes navales de Colombia. Pasan orgullosos por las calles cargadas de historias de piratas, corsarios y heroicos marineros y sienten el orgullo de revivir con su uniforme el mar. En la Plaza de los Coches se pelean los cocheros a estos excelentes clientes que les dejan una propina buena y aumentan el prestigio de sus carruajes; hasta parece que los coches lucieran más limpios y a los caballos se les viera más el efecto de la almohaza.

La elegancia, cultura y buenas maneras que lucen los discípulos de Asmussen en los principales sitios de la Heroica, les granjean bien pronto el cariño y estimación de la ciudadanía; son los primeros invitados a las fiestas del centro social más antiguo, elegante y respetado: el Club Cartagena. Nunca faltan cadetes en los clubes y en las casas particulares de las familias más adineradas y linajudas de la ciudad que con ardor lucen sus más rancios abolengos.

Entre los ajetreos del servicio y los sociales llega la oportunidad de realizar la primera parada militar. En este día se cumple la visita oficial del General Reyes a la Escuela. Las tres presentaciones militares del día son magníficas y el Presidente se asombra del don de la ubicuidad que posee la Escuela que fundó; los treinta y cua-

tro cadetes le rinden los honores en la estación del ferrocarril, le presentan armas en el hotel donde se aloja y tienen oportunidad de mostrar el ceremonial marítimo aprendido cuando sube por el portalón del "Marroquín". Sorprendido, el General Reyes pregunta cuando pisa la cubierta: "¿Y estos son los mismos?", la respuesta afirmativa del Comandante Asmussen es una amplia sonrisa. Se rompen los rigores de la disciplina y el General Presidente dialoga en forma familiar con los cadetes. El orgullo de Asmussen se nubla en un instante de ira, cuando el Presidente se da cuenta que el buque solo tiene pintado con esmero el costado que da al portalón. Una ligera chanza hace olvidar pronto el incidente. Son detalles comprensibles en una Escuela nueva que salió de la nada.

Vienen las fiestas novembrinas; la sociedad cartagenera incluye en todos los actos a cadetes navales; ellos dan más realce a los festejos con programas netamente marineros y en los bailes aumentan la elegancia con su uniforme de gala. Siguen corriendo los meses; ya la ciudad puede contar con ese toque de uniformes navales que lucen con orgullo los grandes puertos marítimos del mundo. El tiempo a bordo y las franquicias se alternan para estos jóvenes que saben ya distinguir entre lo duro y lo blando de la vida naval.

* * *

Al finalizar el año de 1907 la nómina de cadetes va disminuyendo; el sol, el clima, los remos, las matemáticas,

la dura disciplina, todo bajo la severa vigilancia del magnífico oficial chileno, baja el termómetro del entusiasmo de unos pocos. En las misas que dominicalmente se celebran en la Catedral o en San Pedro Claver y a las que asisten los cadetes, pueden verse ahora menos alumnos. Los cartageneros adivinan que ya se han ido a sus casas, por cansancio, los primeros.

En julio de 1909 un incidente político-militar registrado en Barranquilla hace que el Buque Escuela se dirija en misión de Orden Público al Departamento del Atlántico. Los cadetes se trasladan entonces a los vetustos y legendarios claustros de la Universidad de Cartagena y de allí al cuartel militar de San Juan de Dios, sede del Batallón Cartagena. Son movimientos que traen malos augurios y amenazan la tormenta que definitivamente acabará con esta Escuela.

Afortunadamente un cañonero de la guerra de los mil días, "El Pinzón", que no tuvo que disparar sus cañones para imponer el orden en la costa, se asigna a los cadetes y pueden tener felices prácticas de artillería, navegación y maniobra. Llegan en visita informal hasta Curazao y San Andrés. Tienen oportunidad de conocer la marreta del Caribe, la bóveda celeste en todo su esplendor, tachonada con las estrellas del Creador; las largas vigili-
as de las guardias de mar, el horizonte ilímite, la embriaguez de navegar y el mar; el fin que les legó Padilla y ellos sienten recuperarlo después de un largo olvido.

A fines de 1909 quedan solo 25 ca-

detes que han podido aguantar. Corren los meses y Asmussen comunica al Gobierno Central que, de los 34 jóvenes entregados por Colombia, están listos los ocho que pudieron resistir para ser hombres de mar. El 13 de febrero de 1910 se gradúan en el Salón Amarillo del Palacio de Gobierno y tienen oportunidad de lucir la marinera negra de gala que recibieron hace casi 3 años cuando aún no estaban curtidos por el sol y el mar.

Acompañados de las altas autoridades militares, civiles y eclesiásticas después de presentar sus lucidas tesis brindan con una copa de champaña. Es el brindis por el término de duros años de escuela y por el fin de otro intento de crear una Marina de Guerra.

Asmussen regresa a su patria con el grado de Capitán de Corbeta y orgulloso del deber cumplido con el Gobierno de Colombia. Ya él no puede hacer más. Clausurada la Escuela, el Gobierno Departamental se empeña en continuar con otra Escuela Naval anexa a la Universidad de Cartagena. La Asamblea en una de sus Ordenanzas insiste "que ella satisface una de las necesidades que se hacen sentir en esta ciudad: la formación de marinos científicos". Esta buena intención no puede hacerse realidad, porque el tesoro departamental está sin fondos y el gobierno central sin interés.

Por esta época es presidente de la República otro General: Ramón González Valencia. Cita a los recién graduados Oficiales a Bogotá y los recibe en palacio. Les comunica que se desempeñarán en los buques de España ;

Chile. En un momento fugaz la capital de la república puede apreciar un reducido grupo de oficiales navales de la patria, que con su paso cadencioso, recorren las mismas calles que recorrió el Almirante Padilla antes de su infamante muerte. Ahora estos marinos llavan luto, en su uniforme negro y en su juvenil espíritu, por la muerte del gran Almirante y la agonía de la segunda marina de Colombia; (Decreto N° 484 Mayo 17 de 1910), unos van al hemisferio norte a servir en la armada de la madre patria y los otros van al sur, a la marina que trató de ser la madre de la nuestra. Los ocho oficiales se sienten huérfanos de armada.

Pasan los tristes años de un país que está ennegrecido por los resplandores del sol sobre sus propios mares. Regresan los marinos que han tenido que buscar el amparo de otros mares. Algunos comandan los pocos buques que aún tiene Colombia; pero ya casi todos son escombros. Otra vez la broma, el teredo y el óxido han dañado las planchas, y las cuadernas han cedido al empuje de las olas. Las campanas de a bordo hace ya años que no pican la hora. Sin embargo quedan tres unidades que están en buenas condiciones, pero el gobierno les da el golpe de gracia y se venden, o mejor, se regalan por \$ 17.000.00 pesos, a un postor afortunado de este alegre remate.

En 1923 no hay un navío. Otra vez los colombianos se adormecen con el ruido de las olas que rompen en sus playas. Los marinos de Asmussen tienen que asirse a una tabla, para no

naufragar en el mar de su vida. Solo dos de los ocho siguen luchando contra viento y marea, Froilán Valenzuela y Luis María Galindo; aquél no puede dejar marchitar la bella flor marinera que vio nacer una mañana y sigue cultivando con furor su rosa de los vientos en la inmarcesible rosaleta de una carta de mar.

2 — Los primeros aciertos.

Froilán Valenzuela Uruña no puede vivir en tierra después de haber crecido en el mar. Clausurada la Escuela de Reyes es de los que va a la Armada de Chile para continuar allí como oficial. Regresa a Colombia en 1914 y comanda pequeños guardacostas hasta que se acaban las pocas unidades que tenía la marina. Pero el Capitán Valenzuela no es de los hombres que se cruzan de brazos. Hay un curioso buque, el "Cisneros", que tiene el casco de cemento, es algo raro y parece increíble; pero eso no importa, el cemento lo hace flotar y navegar un marino de hierro como el Capitán Valenzuela. En el puente de mando no se cambia por nadie y el "Cisneros" navega lentamente con su roda de cemento partiendo las olas. Un día el casco ya no aguanta más y el "Cisneros" se vara, su comandante no. El pregunta al gobierno si aún tiene buques que le pueda mandar. Pero es tarde, ya no quedan ni cascos de cemento.

Esto no arredra al Capitán Valenzuela; saca su pasaporte y se embarca en un buque auxiliar de la Armada Británica que se llama el "Jamaica". Como es un hombre sencillo que no

quiere hacer aspavientos de sus años en el mar y sus conocimientos, ocupa a bordo un puesto humilde, pero pronto el comandante descubre que tiene a bordo un gran oficial. Lo cierto es que, antes de lo que se imaginara, resulta segundo comandante de un buque de Su Majestad. Después le confían el comando de otro buque británico, el "Santos". Así, en medio de los ingleses hay un colombiano que pacientemente va atando singladuras por los mares de Dios.

Algunos hombres de empresa han fundado en estos días una Compañía Colombiana de Cabotaje. Valenzuela lo sabe y con patriótico sentido renuncia a su posición de comandante para ser el segundo del "Balboa", uno de los buques de la Compañía. Su comandante es un compañero de la Escuela de Reyes, el Capitán Luis María Galindo. Es hora de estar navegando con colombianos y se siente orgulloso a pesar de su segunda posición. La empresa se estanca, poco después se liquida y Valenzuela y Galindo quedan sin buque. Son cosas muy típicas y muy a tono con la época. El gobierno se da cuenta que Valenzuela no puede vivir ya más en tierra y lo nombra capitán de un pequeño cañonero que tiene la base en la ciudad de su nombre. El "Barranquilla". Más tarde le viene el nombramiento de Comandante de la flotilla de guerra del río Magdalena que tiene dos cañoneros: el "Hércules" y el "Colombia".

Por estos años se cierne la sombra de una gran tempestad en el Sur del país. El gobierno, apurado, empieza a com-

prar pequeños cañoneros de río a la casa Yarrow, de Inglaterra. Los primeros son el "Cartagena" y el "Santa Marta" destinados a cubrir los gigantes dormidos: el Amazonas, el Putumayo y el Caquetá. Para llevar los cañoneros al sur de Colombia, se recurre a uno de los oficiales de la Escuela de Reyes: el Capitán Luis María Galindo. Cumple la misión exitosamente, aprovechando el invierno y extremando precauciones.

Poco tiempo después el Ministro de Hacienda recibe de la casa Yarrow tres buques destinados a vigilar las costas tanto tiempo olvidadas, son el "Florencia", el "Junín" y el "Carabobo". Para organizar las tripulaciones y poner a funcionar lo que se ha debido haber atrás, se nombra un verdadero marino: Froilán Valenzuela.

Y tratando de subsanar los últimos errores y los últimos olvidos, sorprende a Colombia el conflicto de Letícia. Hay guerra con el Perú.

El 1º de septiembre de 1932, se ha hecho necesario el llamamiento de los Oficiales egresados de la Escuela que terminó en 1910. Todos acuden rápidamente al llamado urgente de la patria. Los que una vez se despidieron para viajar a Chile y España ahora se abrazan de nuevo para luchar por Colombia. Es un momento emocionante de vida; hace mucho tiempo cumplían la cita en Cartagena cuando eran unos mozos. Hoy son más viejos y se estiran las manos callosas que cogen el timón para poner proa a la guerra. Vuelven a vestir el uniforme: Prieto, Gerlein, Galindo, Nieto, Valenzuela.

Mastrodoménico, Noguera, Caicedo. Se recurre también a una escuela natural de marinos que casi no conocen en Colombia: las Islas de San Andrés y Providencia.

Los marinos empiezan a luchar como titanes para arreglar lo que el abandono de las actividades navales trajo durante veintidós años a Colombia. Cuántas cavilaciones y cuántos arrepentimientos: que si se hubiera tenido visión sobre la importancia que representa para una nación tener una marina de guerra, no nos hubiera sorprendido el conflicto con el Perú; que era natural con 30 años de actividad naval organizada tener buenos buques y buenos hombres que los tripularan y esto hubiera podido persuadir a cualquier agresor de cumplir un ataque. Pero no es tiempo para arrepentimientos y reproches. La lucha es inminente y ahora hay que pensar en salvar a la patria.

Ahora sí, pues, hay que decir que esos fueron los últimos errores y ya llegaron los primeros aciertos. Después del orto vino la alborada de la Armada que solamente se interrumpió con una nube negra de abandono; ya empieza el amanecer glorioso de una marina que se apresta a defender la patria contra el ataque agresor.

* * *

Se terminan por encanto los días políticos que parecían eternos y nace de súbito la bella flor del patriotismo. Es un patriotismo que contagia a la gente sin distinción de clases ni de credos políticos.

Las esposas se desprenden con nobleza de sus arras, de sus joyas, de sus anillos de matrimonio. Los hombres ofrecen sus brazos para ayudar a la lucha, dan a Colombia su corazón y sus prendas de oro. Las novias prefieren entregar a la patria las argollas de matrimonio que dentro de pocos días habría de bendecir el sacerdote. A las arcas del Gobierno llegan sin cesar toda clase de objetos y tesoros magníficos. Esto ha servido para cubrir los gastos de los primeros cañoneros y buques que defenderán en el sur la integridad y soberanía de Colombia.

Primero se decreta que los buques "recientemente llegados a la Aduana" se trasladen al Ministerio de Guerra. Barranquilla es la sede del Comando General de la Expedición Punitiva, destinada a la recuperación de Leticia, con las unidades de la Armada, que rápidamente se organiza. A Puerto Colombia llega el buque "Boyacá" comprado en Nueva York, se le anexan el "Pichincha" y el buque de río "Barranquilla" y a mediados de diciembre la Expedición sale de Puerto Colombia con rumbo a Curazao. El "Boyacá" lleva toda su tripulación extranjera; el "Pichincha" está comandado por un navegante nato que tiene los pulmones y el espíritu llenos del aire salino que envuelve su isla de San Andrés: el Capitán Taylor.

Las tripulaciones de estos buques han sido organizadas por el Capitán Mastrodoménico. A bordo del "Barranquilla" van tres oficiales de la Escuela de Reyes: el Capitán Galindo, El Capitán Valenzuela y el Capitán Caicedo.

ellos sienten la necesidad de cumplir su juramento de defensa a la patria y por eso se empeñan en atravesar el mar con un buque de río.

En el pasado invierno el Capitán Galindo había llevado al Sur el "Santa Marta" y el "Cartagena", gemelos del "Barranquilla". Pero ahora la situación es diferente, la mar está picada y hay que cumplir una odisea para llegar al Amazonas.

El "Barranquilla" es buque muy frágil y los remaches de sus planchas no pueden resistir los embates de las olas del mar. Las bombas de achique no dan abasto para sacar el agua que entra a borbotones y hay que recalcar en Bahía Honda para reparar —como se pueda— los daños causados por la mar. En lucha constante contra los elementos se logra remontar a Punta Gallinas y ya frente a Maracaibo el buque se encuentra muy cerca a la zozobra. Entonces el Capitán Galindo envía un último mensaje al Ministro de Guerra y éste autoriza su regreso a Barranquilla. Pero ellos no pueden regresar cuando los servicios de este buque en los ríos del sur son tan valiosos. A bordo van hombres de mucho patriotismo y mucha mística; todos saben de mar porque la mayoría de los tripulantes son sanandresanos y se decide que en Curazao le puedan hacer reparaciones y hacia allá se dirigen como pueden. Es tanto el entusiasmo que ven los holandeses en este puñado de hombres, que a toda costa quieren llevar su cáscara de huevo al Amazonas, que no cobran ni un centavo por las reparaciones del buque que tiene más que averías, patriotas.

Y siguen desafiando la mar hasta que recalcan una mañana en Puerto España. Allí las autoridades quedar asombradas por el arrojo de estos hombres que se aventuran por el Atlántico con un buque de río. No valen los consejos para estos capitanes que tienen solo la idea de llegar rápido a Amazonas. Siete días con sus largas y azarasas noches emplean en la travesía de Trinidad al inextricable delta del río de Orellana. Al fin se corona la titánica empresa que siempre estuvo acompañada del insomnio y el hambre. Partiendo del delta remontan el coloso río hasta Belén del Pará y de allí a la desembocadura del Putumayo. En este punto está al ancla la flotilla de la Expedición Punitiva a órdenes del General en Jefe Alfredo Vásquez Cobo quien emocionado felicita a los intrépidos que han engrosado sus fuerzas.

El transporte "Mosquera", traído de Europa por el mismo General Vásquez Cobo, el "Boyacá", el "Pichincha", "Barranquilla", levantan anclas para la recuperación de Leticia y otros puntos. Ya se tienen buques en el río con coraje en el corazón de los colombianos para recuperar lo que ha sido invadido.

Por las líquidas vías de la selva los nativos van oyendo nombres de héroes desconocidos y lugares ignorados de tierra; por los ríos Caquetá, Putumayo y Amazonas las proas del "Cartagena", el "Santa Marta", el "Barranquilla", el "Pichincha", el "Mosquera", el "Boyacá", el "Nariño", el "Bogotá"... se pierden a recuperar poco a poco lo que pertenece a Colombia: sus puertos y su hombría.

La Expedición Punitiva remonta el Putumayo en búsqueda de Tarapacá. Los días corren como los ríos y las acciones fluviales, aéreas y terrestres van aumentando la lista de héroes colombianos. La marina tiene ahora constantemente patrullados los ríos. Se hacen incursiones al puerto peruano de Saravia; los cañoneros "Barranquilla" y "Sucre" entran a territorio del Perú por el río Algodón. Entre tanto, las águilas colombianas con aviones Hawks y Junkers, hacen la limpieza de Tarapacá y sus alrededores. Por su parte, el Ejército va rompiendo selva y por entre las trochas luchan a brazo partido contra el medio, el clima y las enfermedades, para darle combate al enemigo. El frente de operaciones abarca 1.200 kilómetros de selva.

Al fin, una mañana, se puede ver el pabellón colombiano ondeando airoso en Tarapacá, en lo más alto del Morro. Las Fuerzas Militares de Colombia han desalojado al invasor y recuperado las fronteras de la Patria.

El Sur se ha llenado de héroes nativos y extranjeros: el Coronel Boy, las águilas germanas, Ospina y cientos y cientos de colombianos. Con su heroica sangre han abonado estas lejanas tierras Cándido Leguizamo, Solarte, Obando y muchos otros que ofrendaron su vida en el más glorioso de los anonimatos.

Después viene el Protocolo de Río de Janeiro producido por las gestiones de Eduardo Santos en Ginebra y Alfonso López en Lima. Esta vez las fronteras de la Patria, en el sur, se estabilizan cuando casi se pierden por un funesto olvido; aunque "nosotros —di-

ce el General Julio Londoño— nos olvidamos frecuentemente de nuestros límites, y si comparamos una serie de mapas correspondientes a diversos lapsos, veremos que nuestro territorio, al igual que la piel de zapa de la novela de Balzac, ha ido encogiéndose a medida que hemos ido pidiendo al destino placidez, tranquilidad o prosperidad interna". En fin, de todo esto nos queda un extravagante trazado del Trapecio Amazónico.

* * *

3. Del río al mar.

Por estos mismos años, la situación internacional de Colombia hace volver los ojos de sus gobernantes al inmenso piélago que baña sus costas. Ya se improvisó una marina para afrontar una guerra, surgieron angustias y tensión para salvar la integridad y subsanar los errores. Entonces el Presidente de la República, doctor Enrique Olaya Herrera, analiza la situación en toda su magnitud y crea la Tercera Armada.

Con las joyas donadas por los colombianos para afrontar el conflicto con el Perú, se compraron también dos destructores: el "Caldas" y el "Antioquia", las mejores unidades de este tipo en su tiempo. Se llamaban el "Duero" y el "Tajo" y habían sido entregados por los astilleros Yarrow de Inglaterra a la marina de Guerra Portuguesa. Ahora tienen escrito en el espejo el nombre de dos de los departamentos más ricos de Colombia.

Consolidada la paz internacional con el Perú, se entra de lleno al reajuste

de la Institución Naval. Es una ardua tarea que requiere tezón para inculcar y convertir al personal militar que sirvió a bordo de los buques y dependencias de la marina en el pasado conflicto. Se requiere una nueva y verdadera Armada para evitar más angustias.

El Gobierno Nacional contrata, entonces, en forma individual a un grupo de distinguidos oficiales, clases y marinería de la Real Armada inglesa. Es un buen acierto, pues los ingleses tienen fantástica experiencia y una marina de la más rancia y noble tradición. A la cabeza de esta misión figura el Contralmirante Basil O. Bell Salter.

Además, se funda por Decreto N° 853 del 20 de abril de 1934 la Escuela de Grumetes a bordo del transporte "Boyacá", al ancla en Puerto Colombia, con 4 oficiales, 20 hombres de personal auxiliar y 60 grumetes. Su dirección se confía al Capitán de Navío de la Armada alemana Erich Ritche. El comienzo está bien y parece que esto traerá buenos frutos. Se recuerdan los tiempos de las Escuelas de Tono y de Reyes y se hacen promesas firmes para no cometer los errores de antaño.

* * *

Se puede decir que ya existe una Armada; es en embrión pero se pulsa la fuerza de su crecimiento y es alentador ver la vitalidad de sus células representadas en varias unidades de las cuales hay unas nuevas; su gente es capaz y, sobre todo, hay

férrea voluntad. Los impulsores de esta nueva era tienen la mirada fija en un mañana prometedor y no des cansan a ninguna hora en el planeamiento y en la organización.

Entre las ideas más importantes hay una que se va transformando en ob sesión porque es de necesidad inaplazable; la creación de un institut que sea el semillero de los oficiales que deben dirigir a la Armada en el futuro; y al fin cristaliza esta inquietud.

Bajo la presidencia del Dr. Alfonso López, en 1935, se llena el gran vacío con la fundación de la tercera Escuela Naval de Cadetes. Mejor dicho, sale a flote la escuela, porque para esto se adapta el buque transporte M "Cúcuta" que se halla surto en Cartagena. Las cosas se hacen ahora con más técnica, con ideales más elevados y con muchísimo más empuje. Los jefes reanudan así las labores interrumpidas por años, con un solo pensamiento: evitar más errores futuros a Colombia.

Si en los tiempos de Reyes se recurrió a la ayuda de Chile, en este momento se recurre a Inglaterra. El gobierno designa como primer Director de la nueva Escuela al Capitán de Navío Ralph D. Binney, de la Real Armada Inglesa, quien vino acompañando en su misión al Contralmirante Bell Salter. El Capitán Binney es uno de esos oficiales británicos a carta cabal; tiene excelentes virtudes, magnífico conductor de hombres de mar y antes que nada, un completo caballero. Los primeros alumnos llegan de los cuatro puntos cardinales

les de Colombia, para representar así las diversas regiones de la patria en su tercera marina. En virtud del Decreto Ejecutivo N° 712 del 13 de abril de 1935, se dan de alta treinta y seis jóvenes que, como en la Escuela de Reyes, llegan con un bagaje de ilusiones, anhelos, dinamismo y... tal vez, todos tienen en mente que deben recuperar para la patria los mares que por tanto tiempo llegaron a morir a nuestras costas, gracias al indolente olvido de los poderes centrales.

También ingresan cuatro grumetes que, por llenar todos los requisitos, se dan de alta como Cadetes activos; al grupo de alumnos se suman diez jóvenes subtenientes procedentes del Ejército.

Ya se dijo que el MC "Cúcuta" es una nave mercante convertida en buque-escuela y, naturalmente, presenta algunas incomodidades, por ejemplo que en los ranchos de Cadetes, en lugar de camas, se usan hamacas; por esto se limita el cupo de aspirantes, así queden en las montañas y en los valles decenas de jóvenes desilusionados al no poder servir en esta nueva Armada.

Los obstáculos se van venciendo uno a uno y bien pronto se organizan los Oficiales y profesores de planta del buque, o mejor, se comprenden, porque sus integrantes son de cuatro naciones, entre los que afortunadamente muy bien representada se encuentra Colombia; esta planta es así:

Director: Capitán de Navío **Ralph F. Binney** - Inglés.

2º Comandante: Capitán de Corbeta **W. E. Rogers** - Inglés.

Comandante de Cadetes: Teniente de Navío **José Sharkey** - Inglés nacionalizado.

2º Comandante de Cadetes: Teniente de Navío **H. J. Hill** - Inglés.

Instructor de Navegación: Teniente de Navío **Camilo Ramírez** - Portorriqueño.

Oficial Instructor: Capitán de Fragata **Luis M. Galindo** - Colombiano (supérstite de la Escuela de Reyes).

Oficial Instructor: Capitán de Corbeta **Virgilio Mastrodoménico** - Colombiano (supérstite de la Escuela de Reyes).

Oficial Instructor: Subteniente de Navío **Carlos Baranda** - Mexicano.

Oficial de Grupo: Subteniente de Navío **Luis A. Baquero** - Colombiano (procedente del Ejército).

Oficial de Grupo: Subteniente de Navío **Rubén Piedrahita** - Colombiano (procedente del Ejército).

Oficial de Grupo: Subteniente de Navío **Antonio Tanco** - Colombiano (procedente del Ejército).

Oficial de Grupo: Subteniente de Navío **Max Rodríguez** - Colombiano (procedente del Ejército).

Oficial de Grupo: Teniente de Navío **D. A. Amórtogui** - Colombiano.

Director de Estudios: Sub-director de la Escuela y Profesor de Matemáticas: doctor **Luis Thorin Casas** - Colombiano.

Profesor interno de matemáticas: doctor **Alberto Villegas** - Colombiano.

Profesor interno de matemáticas: doctor **Alfonso Rentería** - Colombiano.

Profesor externo: Pablo Z. Angel - Colombiano.

Profesor externo: Capitán de Corbeta Foster - Inglés (Comandante del MC "Cabimas").

Capellán, profesor: R. P. Rafael Escobar - Colombiano.

El 3 de julio de 1935 está lista el "Alma Mater" de la Institución Naval Colombiana. El Capitán Binney empieza la labor, con los profesores y alumnos bajo su dirección, infundiéndoles el clásico espíritu naval sajón, la tradición añeja de su estirpe y la ética de los hombres de mar. Poco a poco va modelando a los alumnos, para hacer de ellos oficiales navales que se puedan medir con los de las marinas más exigentes del mundo.

Los cadetes fundadores se dividen en cuatro grupos de acuerdo a su preparación intelectual y el ritmo de las clases es cada vez más intenso. A la semana se dictan 45 horas en las cátedras de humanística y materias profesionales. De los bancos de clase se pasa diariamente a fortalecer el cuerpo con gimnasia y deportes. Todo es actividad constante, sacrificios, desvelos, ratos alegres y fracaso en algunos. Hasta una revista se edita por los propios cadetes: "La Corredera"; la tiran en mimeógrafo y sacan tiempo no se sabe de dónde.

Entre las actividades del servicio, se presenta la oportunidad del primer contacto real de los noveles marinos con el pueblo que aman. El 20 de Julio de 1935, por primera vez en la vida del país, se efectúa un desfile naval en la capital de la República. Con su paso lento y la cadencia típica de la

marcha marinera, con su marcialidad y disciplina van "luciendo uniformes blancos bajo tremenda lluvia y venciendo el frío con el calor de su entusiasmo. Los cadetes y grumetes que se ganan el orgullo de Colombia".

Bogotá los aplaude y lágrimas de emoción, mézclanse con la lluvia, ruedan por las mejillas del público asistente. Colombia se puede enorgullecer de tener una marina. No más afrentas, ni hay que buscar ya más refugio en buques de otros países para los colorados que quieren tener su propia armada.

Corren los meses; en el 2º semestre, que parte del 31 de enero de 1936 se intensifican los estudios de matemáticas y materias profesionales.

Se nota más empuje y se aumenta el vigor de la marina porque los oficiales del Ejército, el personal y las tripulaciones colombianas que prestar sus servicios eficientemente en la comandancia del sur, a bordo de los buques de guerra, se escalafonan por decreto 2122 del 28 de agosto de 1936. El mismo decreto establece la antigüedad y nombra los primeros cadetes efectivos de la Escuela Naval, en número de 100. Ahora cuenta la marina de guerra con el primer personal militar que tiene los grados, cargos, uniformes y atribuciones propias de una armada.

El gobierno pone más atención a la marina. Acaba de salir un decreto el que se envía a Inglaterra, para profundizar los estudios de la profesión naval, a los Tenientes Piedrahita, E. Quintero, Ayala y Rodríguez y a los Subtenientes Diago y Morales, estos úl

mos por haber obtenido sus títulos y grados, gracias a sus conocimientos prácticos y servicios prestados en los buques colombianos.

La Escuela Naval atraviesa por una etapa que es definitiva. En 1937, después de dos años de estudios, se inician cursos de especialización profesional para ejecutivos e ingenieros y los cadetes escogen libremente la especialidad de su agrado. Entre tanto regresan los oficiales que estaban en Inglaterra, después de permanecer allí un año, e inyectan sus experiencias y conocimientos avanzados para darle más vitalidad a su marina.

El 20 de septiembre de 1937, consultadas las numerosas solicitudes de ingreso, procedentes de diversas partes del país, y la necesidad de aumentar el número de oficiales navales, por decreto número 1700 se le da de alta al segundo contingente compuesto por 21 cadetes; en septiembre 30 se eleva el número a 25 y a 27 en el mes de octubre; hay muchas solicitudes, pero ya no se puede hacer más.

El 11 de noviembre de 1938 recibe su grado la primera promoción de oficiales navales, 25 en total. Son los primeros frutos del semillero que hace más de 3 años se creó. "El escenario era a la vez magnífico y sencillo. Dice un distinguido Oficial, refiriéndose a este día. Al frente el mar inmenso de Colón, de Morgan y de Drake; a la espalda la bahía más gloriosa de América; sobre nuestras cabezas la bóveda infinita de un cielo azul y diáfano; como testigos mudos, las mura-

llas y los altivos castillos de Blas de Lezo y de Antonio de Arévalo en el tope de cuyas almenas eran batidas suavemente por la brisa tibia las antiguas banderas navales y los nuevos pabellones de la libertad. Nada más, pero nada menos.... Luego vinieron la entrega y la bendición de las espadas, la imposición de anillos, los discursos del Capitán Binney y del Presidente de la República, las músicas militares y los abrazos de los familiares y de los amigos".

Esta es la culminación, de años de lucha, sacrificios, anhelos y de fuertes estudios combinados con cruceros de entrenamiento por costas colombianas, panameñas y venezolanas y por el mar Caribe, en fin, el mar de la libertad legado por Padilla.

El pujante retoño no solo muestra el vigor de su crecimiento en la Escuela Naval. Para ser completa una Armada debe contar con un cuerpo de Infantería de Marina que cumpla ciertas misiones, cuya importancia ha quedado plenamente demostrada en la guerra.

Ocupa el cargo de Director de Marina el Coronel Víctor A. Cogollos y a principios del año de 1935, ordena la fundación de este Cuerpo. Se inicia entonces el reclutamiento del personal para integrar una compañía y se nombra para ello un Oficial quien, despliega una gran labor por las sabanas de Bolívar, seleccionando un grupo de 120 jóvenes voluntarios, miembros de destacadas familias de ambas regiones. El primer contingente se pone a órdenes de quien tiene como instruc-

tores a Oficiales provenientes del Ejército. Se habilita una construcción metálica dentro de los terrenos de la Base Naval y el incipiente Cuerpo de Infantería de Marina empieza a marchar, en todo el sentido de la palabra, bajo la orden de su activo Comandante.

Por otra parte, cuando vinieron el "Caldas" y el "Antioquia" surgió tímidamente una Base Naval. Efectivamente, se han ido utilizando poco a poco los antiguos muelles de la Machina con sus bodegas y terrenos adyacentes, que antaño servían de puerto comercial a Cartagena. Ahora son propiedad de la marina y aquí está la primera Base Naval que se denomina ARC. "Bolívar".

Cada día se van acondicionando edificios, talleres, depósitos y alojamientos, para formar el organismo que debe apoyar a los buques de guerra.

La Institución Naval ya tiene sus cuatro elementos: Una Dirección de Marina, un Establecimiento Terrestre, una Fuerza Operativa a Flote y un Cuerpo de Infantería de Marina. En todo se nota la pujanza que es fruto del entusiasmo de sus hombres y del apoyo gubernamental.

Pero no todo es color de rosa cuando se trata de manejar elementos que son de preparación para la guerra. Los accidentes acechan y, así una mañana de 1936, estalla el polvorín de la Base Naval, ubicado en el Castillo de Santa Cruz. De esta suerte desaparece casi totalmente esta reliquia colonial y gran parte del parque allí almacenado; como es de suponer con la re-

liquia y el parque, desaparece también el celador.

Hablando del accidente dice un ilustre escritora Cartagenera: "Hagamos según mis recuerdos, un relato sobre este infausto suceso: Serían a las 11 de la mañana, cuando se sintió un estruendo que hizo retumbar los lugares cercanos y el Barrio de Manga, por estar éste situado en frente, por el lado de la Bahía. Al estruendo cundió el pánico y alarma en toda la ciudad. Hubo quienes pensaron que se trataba de un bombardeo a Cartagena. Posteriormente escucharon nuevas explosiones y, tener conocimiento de lo que estaba ocurriendo, siguieron horas de angustia y de terrible expectativa. En Manga se estrellaron contra el piso heladas y antiguas lámparas de cristal que quebraron vitrinas y cuartearon p redes. El estallido fue horrible!

Se investiga y se deduce que fue imprudencia del celador. La cosa hubiese podido ser más grave; en los buques aún reposa la munición indispensable y las cabezas de guerra de los torpedos. Además, se salvaron de la explosión algunas municiones que inmediatamente se trasladaron a bordo del Presidente Mosquera, buque que estaba fuera de servicio, atracado en los muelles de la Machina y abarboado a este, se encontraba en reparación un guardacostas el cual se incendió al día. Con la dura experiencia anterior hay carreras y afanes pues, parece eminente la explosión del "Mosquera". Varios Oficiales se encuentran reunidos en la cubierta del destroyer "Ant

quia", que estaba en el mismo muelle y, al notar el peligro, uno de ellos dispuso rápidamente un remolcador para retirar al buque en llamas. Al fin está en el centro de la bahía el guardacostas y allí se termina de consumir por el fuego. "Fueron experiencias nuevas y peligrosas en el manejo complicado de una Armada moderna". Se hizo la investigación, se sacaron valiosas conclusiones y se distribuyeron las precauciones de seguridad, que deben observarse por parte de todos los miembros de la Armada.

Pasa el tiempo, se arreglan los daños y se cicatrizan las heridas de la dura experiencia. El ritmo de crecimiento de la Armada no decae; sigue la preparación y entrenamiento en todas partes.

Para ver el progreso de la gente de mar, se efectúa la primera operación anfibia en las playas de Santa Marta, en 1938. Actúa como unidad principal de las maniobras el transporte MCF "Cúcuta", Buque Escuela en colaboración con unidades menores de desembarco. Todavía hace falta mucho, pero lo cierto es que se ha ganado bastante.

En 1939, el mundo empieza a hervir por la guerra europea. La Marina de Guerra Colombiana tiene las primeras bajas de personal, no por muerte en combate, pero sí por retiro. La misión inglesa recibe orden de su gobierno para reincorporarse a la Real Armada Británica y defender su reino que está siendo duramente atacado por Alemania.

La Armada de Colombia está muy

joven para soltarla de la mano de un momento a otro; el gobierno contrata entonces una misión naval de los Estados Unidos, también con muy buena experiencia marinera, para que siga asesorando al personal colombiano que ya se ha hecho cargo, prácticamente, de toda la Institución Naval. Encabeza esta misión el Capitán de Navío USN, **Ridnaider** Oficial muy competente y de grandes conocimientos navales.

La transición de lo inglés a lo norteamericano es algo brusca e inesperada. La mayoría de los marinos colombianos apenas posee conocimientos medianos y el aspecto técnico naval es un bocado que se debe masticar con cuidado. Sin embargo, sus mejores hombres comandan los buques y están en los puestos delicados. Al Capitán **Bunney** lo reemplaza en la Escuela Naval el Capitán Froilán Valenzuela, "el cadete N^o 27 de la Escuela Naval de 1907, el muchacho callado, modesto, estudioso y consagrado, graduado en 1910 como Guardiamarina"; y es así como él llega a un puesto destacado, digno y brillante de la Institución.

Es una dura prueba que poco a poco se va superando porque hay entusiasmo, perseverancia y obsesión de aprender. No hay un solo hombre, de comandante hasta grumete, que no sepa su razón de ser: el mar de Colombia. "fue el más formidable trabajo en equipo —dice un Oficial en una de sus crónicas refiriéndose a esta época— la vida de todos y cada uno giraba solo alrededor de sus buques, especialmente en el "Antioquia", el "Poderoso

Antioquia", cuyo Comandante (que más tarde llegaría a ser presidente de la República), bebió hasta el máximo, la más pura y noble tradición marinera del mundo. Puede decirse que fue el más fiel ejecutor de los principios del maestro, el Capitán Binney. Bajo la dirección de este Oficial, la vida toda de sus hombres giraba alrededor del buque. Los zafarranchos de combate diurnos se alternaban con prácticas de desembarco a media noche; los ejercicios de marinería con instrucción teórica. Allí nadie pensaba en saltar a tierra. Los ratos dedicados al descanso se empleaban en robarle los secretos a la rosa de los vientos, con la navegación a vela, o a endurecer los músculos con el ejercicio del remo, o a escudriñar el cielo para bajar estrellas con el sextante. Estos principios contagiaron toda la Armada. El émulo fue el destructor "Caldas", el eterno rival en las maniobras de tiro, en los deportes y hasta en la forma impecable de portar el uniforme".

El grupo de hombres de la Armada se comporta ahora como una unidad que tiene todas las características deseables: fronteras definidas, cohesión interna, potencia, polarización, estabilidad; por esto, los civiles empiezan a nombrar la gran "Familia Naval", cuando quieren referirse a las tripulaciones de los buques y a las dotaciones de tierra. Los comandantes ya pueden decir: "timón al centro, así como va". Y así sigue la Armada; el 16 de agosto de 1941, se gradúan los integrantes del segundo contingente de cadetes navales. El semillero ha pro-

ducido hasta ahora buenos frutos, repartidos entre ejecutivos e ingenieros.

El buque escuela se ha portado a la altura, pero definitivamente no reur todas las condiciones de una academia naval. Ya están las instalaciones en tierra, dentro de la base, con sus laboratorios, sus aulas, sus campos de deporte. No son las ideales pero llenan los vacíos del viejo "Cúcuta" allí se trasladan los cadetes. En la plaza de armas se instala el mástil de "Mosquera", el mismo buque que hace poco casi se incendia y, un mal día fue arrancado de un fondeadero por una fuerte brisa para ir a morir en el lecho de coral y de fango, frente Castillo Grande; de allí se rescató muchas cosas valiosas y su mástil afirma, como ya se dijo, en el patíbulo de la nueva Escuela, como para dar el toque marinero, con su jarcia firme, su campana de bronce para picar la hora y el pabellón tricolor al tope, y, cuando algún cadete quiere salir de la férrea disciplina, se mandan a la cofa en severo castigo de 24 horas; allí se calma cualquiera con brisa yodada y el sol abrasador.

El progreso y mejoras se notan en el doquier. En este año se acondicionan tres bóvedas del castillo de San Juan de Bocachica para trasladar allá municiones y hacer un polvorín que dé las debidas seguridades. Sobre las ruinas del antiguo depósito, en San Cruz del Castillo Grande, se levantan tímidas construcciones para un Club de Oficiales financiado por estos. Los gestores de la idea saben que con el tie-

po llegará a ser un gran centro social no solo de la Armada sino de la ciudad. Allí se tendrán ciertas fechas notables, como jalones en la vida social de la comunidad naval y de Cartagena; visitas de Armadas Extranjeras, regatas nacionales, festival del

cine, la fiesta de la Armada colombiana, el 11 de noviembre, congresos de diferentes sociedades nacionales y foráneas, en fin, una gama de acontecimientos sociales y deportivos que desconsarán el espíritu de las faenas netamente profesionales.



la gente joven y activa
está con **Costenita**
pequeñita y gustadora